



Alvarez de Castro.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1809 á 1810.)

I

¿Quién rige, potente el brazo,
 las águilas del imperio?
 ¿Quién pone en fragor la tierra
 con tan pavoroso estruendo?
 ¿Quién sobrepuja en las armas
 á los mas famosos genios
 desde el romper de la historia?
 ¿Es el huracán su aliento?
 ¿Tiene la fuerza del rayo
 en el vibrar de su acero?
 ¿Qué le impele? ¿Acaso intenta
 en su vanidad soberbio
 anticipar el destino
 señalado al universo?
 ¿O en su ambicion desatada
 por los delirios de un sueño

se arroja á enclavar el mundo
 de su diadema en el cerco?
 Sintió arrogante el coloso
 centellear su cerebro,
 y vió al fulgor de su idea
 dilatarse el firmamento.
 —«Guerra! clamó enardecido
 arrastrando á sus guerreros;
 mis plantas en qué apoyarse
 requieren dos hemisferios.
 No habrá nacion que no rinda
 dócil el erguido cuello;
 y medirán los humanos
 á mi albedrío su fuero;
 y les daré por atarles
 á mi diestra en nudo férreo,
 monarcas de mi linaje
 y nobles de mis pecheros.»

Y del simoun en alas
vuela al africano suelo:
qué mucho, pues, que el triunfo
vincule á su audaz esruerzo,
si en la sollamada arena
probó fulmíneo el acero.
A las ateridas zonas
vuela despreciando riesgos:
¡lleva la muerte á su empresa
sometida como dueño!
Y los baluartes rompe,
y arrolla pueblos y pueblos,
y de su poder juguete
las razas hace y los cetros.
Nada resiste al empuje
de su acometer frenético:
señálanse su carrera
con un profundo sangriento,
¡la hendidura de su planta
en el sepulcro de un reino!
.
.
.
¡Ah! la magnífica patria
de la nobleza y del genio,
la que jamás sufrió el yugo
de usurpador ó extranjero,
y el panteon de la gloria
con la suya hizo pequeño;
la que sin par en valía
vino á declinar, haciendo
las giras de sus banderas
banderas de cien imperios,
¿no correrás generosa
al clamor del universo,
que cifra en tí la esperanza
de encadenar al soberbio?
¿No miras que ya el coloso
se atreve á rasgar tu seno;
él, que se brindó tu amigo
para dominarte pérfido?
Alzate, ardiente matrona,
entónese el himno bélico:
¡Guerra! las corrientes todas
ríndanse al mar repitiendo.
¡Guerra! murmure irritada
la caudalosa del Ebro;
y dilatándose ¡guerra!
en las ráfagas del viento,
imperativa retumbe

del hogar bajo los techos;
y los animosos siempre
y leales, dejando férvidos
por la espada el curvo arado,
la oliva por el trofeo,
truequen del francés altivo
en túmulo vil el suelo.

II

Pagados de su arrojo los valientes
de Jena, de Austerlitz y de Marengo,
sobre la fiél Gerona se arrojaron
ganosos de botin y de trofeos.
Y al contemplar, fiados en su fuerza,
el muro endeble del humilde pueblo
¿resistirán, decian, al empuje
del valor indomable? Mas el eco,
desatándose en lenguas vibradoras
llena con un pregon el universo:
«¡Ah del tirano! á su sangrienta gloria
una tumba dará el hispano esfuerzo,
y esos breves collados que profana
cerrarán de sus águilas el vuelo.
Hoy que la pátria en su defensa invoca
el honor, patrimonio de los buenos,
como tales salgamos á la lucha
á vengar los ultrajes con el hierro.
De mil hazañas la memoria viva
fuerzanos á seguir un alto ejemplo;
¿nos harán menos grandes esas huestes
que á Sagunto y Numancia otras hi-
[cieron?

Huya quien mas valore la existencia
uncida la cerviz al cautiverio
que con la frente libre y engarzada
en laureles, alzarse al mausoleo.
No son de tolerar en españoles
torpes querellas que arrebatá el miedo:
¡en la cuna del Cid y de Pelayo
los que lo quieren solo son pequeños!
A cañonazos, que el honor lo exige,
los mensajes de paz rechazaremos,
y morirá quien á decir se atreva
de capitulacion ó rendimiento.»
Así Alvarez de Castro el gran patricio
digno responde al adversario reto,
y sus palabras vuelan á incrustarse
de la fama en los mármoles eternos.

Acaso de Guzman los sacros manes
Alvarez contempló romper el vuelo
y en la esfera inmortal del heroísmo
grabar su nombre con buril de fuego.
¿Qué semejarse puede á la bravura
que logró despertar hasta en los menos
esforzados, aunque él ya de la vida
la fatigosa cumbre iba subiendo?
Mas no la nieve cubre la cimera
del monte y un volcan cierra en el seno?
Y el sacerdote y la doncella pura
aun mas que de la aurora el rayo tré-

[mulo
antes de matizar el árdua cima,
y el que se encorve de la edad al peso,
hasta la tierna y candorosa infancia
como el brotar, tan tímida de un pétalo,
á la defensa todos se lanzaron
heridos de patriótico ardimiento.
Y todos de los lauros inmortales
las sublimadas sienes se ciñeron:
por mucho que esforzarse un pueblo

logre
nunca superará tanto desnudo.
Y el caudillo francés que entre dos soles
de la ciudad juzgara hacerse dueño,
sin parar que no trueca en formidable
al pecho el muro sino al muro el pecho,
vió tres partes de un año ya apuradas
sin romper aquel círculo de hierro.
Y vió en escombros la batida plaza
y en triturado polvo de los vientos
á merced los hogares, y ninguno
teníanse de pié los parapetos.
Y vió por los valientes defensores,
agostada la flor de sus ejércitos;
sobre cada monton de sus cadáveres
de gerundenses cuenta solo un muerto.
¿Qué fué de la embestida tan terrible?
¿El valor y la fuerza qué se hicieron?
ante un puñado de valientes roto,
sin brillo el estandarte del imperio.
Que si llega á ondear sobre Gerona
no fué de timbres, de ignominia lleno.
¡Salve! el famoso de feliz renombre,
de los heróicos grande! Salve! oh, pueblo:
La noble, y rica con tu gloria, España
erígete sarcófagos soberbios
y esculpe en ellos su epitafio el mundo:
«El hambre le rindió, nunca el acero.

III

¡Alvarez el gran patricio!
si hasta el alcázar supremo
donde los mártires moran
llega el entonar del plectro,
y la magnánima frente
te es daño inclinar al suelo,
atiende como resuena
tu nombre de extremo á extremo
y cual de entusiasmo ricos
á tu glorioso recuerdo
palpitan los corazones
con santo estremecimiento.
¡Mártires que lanza al mundo
con mano próbida el cielo!
¿cómo os negarán los hombres
ferviente un culto y eterno
si llegais á ser la egida
en la causa de los buenos?
Descubrid los de grandeza
y de fé, sagrados tiempos,
á los que en deliquio miran
su lábaro decayendo,
descubrid libre á los ojos
el no apurado secreto.
¿Qué mucho que un alma ardiente,
falta de luz y de aliento,
quiera beber á raudales
en un corazon de fuego?
Y solícito se encumbra
en éxtasi el pensamiento
á contemplar del pasado
reanimarse el esqueleto.
Y á descubrir se le alcanza,
roto el embozado velo,
los palpitanes colores
de un cuadro.... ¡cuadro siniestro!
Desmaya al dolor la lira
y anuda en tan triste extremo
al arrebató de un himno
un melancólico treno.
Cierra el fuerte de Figueras
en un recóndito estrecho
al defeasor memorable
de Gerona en cautiverio.
¿Pudo jamás el destino
estremarse en el tormento
que palpitando á la vida
en el cóncavo de un fétetro?

Moribundo sufre Alvarez
en el granítico lecho,
ciñenle sus miembros todos
con ligaduras de hierro.
Por grande le daba el mundo
en Gerona resistiendo;
¿cuanto mas no le apreciara
verle animoso y sereno
acercarse al infinito
con la cruz del sufrimiento?
Que ya el déspota sañudo
por vengar su roto imperio
en hecatombe le muestra
de sus rencores sangrientos.
Dice en mengua de la fama
el sacrílego decreto,
y con alevosa mano
hiere el infame instrumento.
Empaña la muerte impía
con el enturbiado aliento,
el rostro limpio y augusto
del venerable indefenso.
Murmura apenas cortados
algunos tibios acentos,
patria..... libre..... se sucede
un funerario silencio.....
¡Se han roto las ligaduras

que atan á un alma y á un cuerpo!
Y resuena en el recinto
dos veces un golpe seco
¡dos veces que la cabeza
hirió sobre el pavimento!
¡La del héroe, y la del mártir
dos coronas..... fama..... cielo.....
pocos hallaran mortales
mas del dolor, ni mas premio.
¡Como á los ojos gustaran
en su funerario lecho
los desgarrados girones
del imperial paramento!
¡Quién sabe si en la escondida
huesa, los humanos restos
han venido á reclinarse
en las reliquias de un cetro!
¡Alvarez, alma divina
templada en el pátrio fuego!
pues las legítimas glorias
se agigantan con el tiempo,
siempre durará tu nombre,
que son laureles eternos
laureles que vivifica
la santidad del derecho.

N. M.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMP. DE J. NOGUERA Á CARGO DE M. MARTINEZ,
Bordadores, 7.